



# LA MUJER Y EL ARTE

CONFERENCIA

*que dió en el Circulo de Bellas Artes  
en la velada del 17 de Febrero de 1894*

EL EXCMO. SEÑOR

## DON VICTOR BALAGUER

*De las Reales Academias Española y de la Historia.*



MADRID

*E. Jaramillo, impresor, Hortaleza, 128*

**1894**

FGR/10936



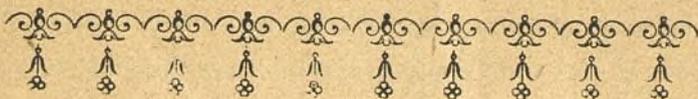
CONFERENCIA

del Excmo. Sr.

D. VICTOR BALAGUER



POIQUES  
CLASSY  
1911



## SEÑORES:

Mis plácemes más sinceros y mis aplausos más cordiales á los artistas que se agrupan y asocian en este Círculo de Bellas Artes para mutuamente ayudarse, para todos juntos contribuir en cariñosa y amante fraternidad al enaltecimiento del arte y á la gloria de la patria. Así, al estrechar sus lazos y al reunir sus fuerzas, milicia benemérita, todos juntos, cada uno para todos, y todos para cada uno, contribuirán á justificar la obra del pasado, á fortalecer la del presente y á continuar la del porvenir.

Mis plácemes á los que tuvieron la provechosa idea

de celebrar estas conferencias, aun cuando no hayan sido ciertamente tan afortunados en la elección del que llamaron para inaugurarlas.

Por esto yo, que me conozco, no las comienzo. Agradecido al honor que se me dispensa, y con el cual tan principalmente se me favorece, lo acepto, porque los honores cuando se otorgan sin solicitud deben aceptarse sin reparo; pero no puedo menos de reconocer que mejor comienzo hubieran tenido estas conferencias, y más esplendidez y lustre, si esta tarea se hubiese confiado á quien, mejor que yo, podía venir á ocupar hoy esta sede.

Yo no soy sino un pobre obrero, amator del arte y amigo de los artistas, ni más tampoco que una inominada y oscura abeja industriosa que, confundida allá, entre la multitud, contribuye con su labor y sus alientos á formar el panal, al que luego vienen los ungidos á depositar sus sabrosas mieles.

Preveníroslo debo para que no os llaméis á engaño. Yo no sirvo para dar conferencias; sólo para venir á oirlas. Asomé por aquella puerta, y subí á esta tribuna, no para ser el conferenciante, sino el heraldo, el heraldo que viene para anunciaros la buena nueva, el heraldo que á invitaros llega y á solicitar vuestro concurso para las veladas que van á comenzar.

Abiertos quedan ya, de hoy en adelante, estos sa-

lones, y en ellos hallaréis, si os dignáis honrarlos con vuestra presencia, la cariñosa hospitalidad con que se recibe al huésped cien veces bien venido. Extendidas por los muros veréis las maravillas del arte y del ingenio con que se apresuran los artistas á solicitar vuestra atención y á pedir vuestro aplauso; os deleitarán los ecos y el cuchicheo de la discreta parla con que amigos y allegados se entregan al honesto deporte de la conversación al comunicarse sus impresiones, y oiréis brotar de esta cátedra la voz del conferenciante que ha de atraernos con su plática y enseñarnos con su doctrina.

Mi pláceme, pues, al Círculo de Bellas Artes que hoy se congrega en luminosa fiesta para inaugurar su vida artística y literaria de este año; mi saludo á los dignísimos oradores, artistas, poetas y literatos que, uno tras otro, vendrán á ocupar esta tribuna para dirigirse al selecto concurso que á oír acuda su palabra de enseñanza; y un tributo de honor y de gratitud, ya no mío solamente, sino en nombre de todos, á los que hoy visitan estos salones, y singularmente á las distinguidas y hermosas damas que vinieron á honrar esta fiesta, y á darle realce, color, animación, y vida, y luz, y amor con sus encantos y sus gracias.

Bien venidas sean, bien venidas esas nobles damas al palacio de las artes, casa solariega del artista, que

hoy se adorna y viste de gala para recibir las. Vínsteis á esta mansión, que es vuestra por ser la de vuestras hermanas y compañeras las hadas, que invisibles vagan aquí por los espacios, y que aquí acuden para alentar al artista en sus estudios y para darle calor en sus empresas y en sus sueños.

¡Honor y prez á la mujer, que es el alma de la sociedad, que lo fué antes, que lo es hoy, que lo será mañana!

La mujer merece todos nuestros homenajes y todos nuestros respetos. Hija, se consagra á sus padres; amante, á su amado; esposa, á su marido; madre, á sus hijos. En ella todo es amor y todo sacrificio, como en su alma todo es pureza y todo luz.

En todas las regiones, y en toda época y edad, se le prestó culto. Fué reina en Egipto, poetisa en Corinto, musa en Atenas, sacerdotisa en Roma, hurí en Arabia, diosa en el mundo latino. Para los paganos nace de lo más puro y más casto, de la espuma de los mares, y la levantan templos: los árabes la dan por mansión el paraíso, donde vive en alcázares de flores de aromas y colores inmortales: los cristianos la visten de color de cielo, con manto azul sembrado de estrellas, y rodeada de ángeles, de arcángeles y serafines, la ofrecen á la adoración de los fieles en hornacinas enfloradas, entre nimbos de luz y de oro, resplandeciente de gloria, con su purísima san-

idad de virgen y su amorosa santidad de madre.

Y no es extraño, nó, que fuese dignificada en lejanas épocas del paganismo, donde todo era amor, deleite y fantasía. Triunfa también y se impone en la edad de hierro, cuando todo es lucha y combate, cuando el hombre no vive más que en el campo de batalla, donde pasa la vida combatiendo, ó en la soledad del claustro, donde la pasa rezando. También entonces, también, la mujer es reina y soberana. Es el honor de aquella sociedad de hierro y el astro de aquellas pensadoras turbas de poetas que, peregrinando de castillo en castillo, dejan oír sus cantos de amores en el ocio de las lides y en el vagar de las armas. Es entonces cuando preside las fiestas, cuando es reina de hermosura en los torneos, cuando es juez en las cortes de amor y en las justas literarias. Por ella se baja á la arena quemante del palenque; por ella se dan batallas campales; por ella se asedian ciudades y se asaltan castillos; por ella se disputa el premio en los certámenes; por ella se combate, se ora, se canta y se muere; por ella, por la menor de sus infidelidades ó desdenes, se penetra en las celdas de aquellas monumentales abadías, donde se encerraban á llorar, vivos en su propia tumba, los pobres enfermos del alma.

En torno de ella, y á sus pies, levantan los trova-

dores su coro de himnos inmortales. Por ella, al par que hazañosas aventuras, se acometen empresas singulares, que, más aún que á la sublimidad, parecen obedecer á la demencia: y mientras gallardos paladines por el amor de una dama sostienen combates á muerte en honrosos pasos; y mientras magnates y príncipes aventureros recorren el mundo proclamando, y haciendo proclamar á todos, la sin par belleza de la señora de sus pensamientos; y mientras Armando de Rancé, por muerte de su amada, se sepulta vivo en la Trapa; y mientras el duque de Gandía, por muerte de su reina, deja de ser general de batallas para serlo de huestes de Loyola, Pedro Vidal, el poeta, por amor á <sup>Lola</sup> ~~Lola~~ de Penautier, se hace un día llamar *el Lobo*, y, vistiendo pieles de lobo, se hace cazar en las sierras de Cabaret por los pastores y sus perros; Godofredo Rudel se enamora de la condesa de Trípoli, á quien nunca ha visto, pero de quien le cuentan loores, y, vistiendo el sayal del peregrino, emprende arriscados viajes y peligrosas aventuras que le llevan á morir á los pies de su dama desconocida; Guillermo de Tours se abraza al cadáver de su amada, y mandando labrar un ataúd para dos cuerpos, se hace enterrar vivo con aquella que fué el supremo amor de su vida y la inspiración suprema de sus cantos; Margarita de Rosellón halla tan sabroso el cora-

zón de Guillermo de Cabestán, hecho servir á su mesa por un marido celoso, como manjar exquisito, que se condena á perecer de hambre, y no vuelve á probar jamás otro alimento que hurtar pueda á sus labios el sabor de aquel amante corazón muerto por ella; y, apareciendo por encima de todos, y dominándolo todo, Dante, que fué á buscar la idea de su obra divina en el ignorado poema de un pobre monje de Beziérs, y Petrarca, que libó su inspiración en los cantos de los trovadores lemosines, hacen de su Beatriz y de su Laura tipos inmortales y peregrinas imágenes para ejemplar y para modelo de todos los poetas y de todos los artistas de todas las edades.

Culto fué siempre, y en todas épocas, el que se prestó á la mujer; pero ninguna mujer tan alta, entre todas las del mundo, como la mujer cristiana, que es ésta, la mujer cristiana, la que reúne todos los encantos, todas las virtudes y todos los amores, principalmente para vosotros los artistas, pues, no hay que ólvidarlo, el renacimiento de la mujer realizado por el cristianismo, es el renacimiento de la pintura realizado por aquél y aquellos sus discípulos inmortales que inauguraron una nueva era, y acertaron á fundir tradiciones contrarias y á hermanar principios diversos, encontrando los secretos del color, las realidades de la verdad y los tesoros de la belleza al unir los primores

y las maravillas del arte pagano con los esplendores y las castidades del arte cristiano.

Homenaje, amor y respeto á la mujer, á la mujer que nos arrulla con sus cantos en nuestra cuna y riega con sus lágrimas las flores que deposita en nuestra tumba, la que nos acompaña al nacer y nos consuela al morir, que es emblema de todo sacrificio, que es la estrella del poeta, la inspiración del artista, la fe del creyente, el amor de nuestras soledades, el alma de nuestros arrebatos, ilusión del que siente y consuelo del que llora; la mujer, que es delectación del artista en sus tres maravillosas fases de luz, de inspiración y de amor, y regocijo del cristiano en sus tres aspectos sagrados de hija, de esposa y de madre; la mujer que en patriotismo se llama Juana de Arco, en caridad Santa Isabel de Hungría, en fe Magdalena, en castidad Lucrecia, en amor Julieta, en esperanza Santa Teresa y en religión María; la mujer, en fin, que es en nuestra casa el ángel del hogar, en nuestros salones el astro que los ilumina, en los campos de batalla y en los hospitales la hermana de caridad, y que en la gran epopeya de la pasión de Cristo, fué la única que permaneció llorando al pie de la cruz, cuando todos huían, cuando todos le abandonaban, cuando sólo quedaron ellas, las santas mujeres, para acompañar en su agonía al Redentor del mundo.

Bien llegadas seáis, pues, á esta morada, que es susurrante colmena donde se congregan, abejas laboriosas, esos jóvenes artistas que viven en el trabajo y del trabajo, los que con él ganan el pan de sus familias y cobran los arreboles de su gloria, sirviendo así y consagrándose á los dos grandes amores, el hogar y la patria.

Pero, una vez que estáis aquí, amigas y señoras mías, una vez que os habéis aposentado ya en esta morada, tomando posesión de ella, yo he de deciros una cosa con toda lealtad, aunque con la mayor reserva. Aquí estamos solos, nadie nos oye, y puedo deciroslo en confianza, seguro de que no la habéis de repetir.

Esos artistas que aquí véis, son unos buenos muchachos, muy honrados, muy nobles y caballeros; pero no hay que fiar en ellos, porque, según se cuenta, y repito que os lo digo con la mayor reserva, están algo contaminados del arte de nigromancia y de hechicería. Yo puedo decirlo porque les conozco bien. Son una especie de mágicos prodigiosos. Tienen algo de brujo. Conocen los secretos y misterios de las teurgías orientales, y poseen el arte de hacer milagros.

El mejor día os presentarán un lienzo en esa pared. Os acercaréis buenamente creyendo que es un cuadro, y os encontraréis con una ventana, una ventana á tra-

vés de la cual os harán ver por arte mágico, en mitad del invierno, campos bordados de rojas amapolas, praderas esmaltadas de flores, bosques de opulento follaje que ondula al soplo de tibias y aromosas brisas, ríos que se despeñan y descabellan en cascadas, y extensos horizontes iluminados con el oro y la púrpura del sol de Mayo.

Y no se limitarán á esto, que ¡aun si fuese esto sólo!... Os abrirán de repente una puerta, y os introducirán en el secreto de una cámara regia, donde veréis, tendida en su lecho, una reina que se muere; á su cabecera un rey que solloza; de pie por el aposento unos prelados y magnates que rezan entre dientes; sentado junto á una mesa un tabelión que escribe, y os parecerá oír la voz débil de la reina que está dictando, y así os harán asistir, indiscretamente, al testamento de Isabel *la Católica*.

Otros, peor aún, os harán bajar á negras y profundas cavernas llenas de sombras y misterios; y allí, estremecidas de horror y espanto, vereis rodar por los suelos una porción de cabezas recién cortadas, que todavía brotan sangre, á tiempo que por una escalera ciclópea abierta en el muro, vereis bajar á un magnate, acompañado de un perro, que llega para forjar con aquellas cabezas una campana que desde Huesca resuena y retumbe por todo el reino.

Y todavía, todavía han de hacer más. Os llevarán de noche, y en lo más crudo del invierno, por los desiertos campos de Castilla, y harán pasar por delante de vuestros ojos, como procesión de fantasmas, á multitud de gentes, damas que se arrebozan con sus mantos; caballeros que llevan antorchas, de llama enfurecida por el vendaval; pajes y escuderos, palafreneros y guardias, todos revueltos, en confusión, bajo horizontes sombríos en que reina la tempestad, y todos enlutados, detrás de un féretro que arrastran caballos con gualdrapas de luto, y en pos de una dama con luengas vestiduras negras, pobre loca de amor, que va mesando sus cabellos y clamando al cielo por la muerte de su amado.

Todo esto, y más, vereis por arte mágica, y así os harán asistir á los más terribles dramas de la historia y á las más tiernas epopeyas del amor, mientras que otros, por su parte, os presentarán montones de barro y bloques de mármol para que de ellos veáis surgir, animados, despiertos, gallardos, vivos, como en carne y hueso, á todos los dioses y diosas del paganismo con sus atributos y desnudeces, y también á los grandes personajes de la historia y de la leyenda que asombraron un día con los estrépitos de sus armas, ó los productos de su ingenio, y á quienes el mundo cree muertos y enterrados hace siglos.

No fieis, no fieis, pues, de esos artistas que así resucitan los muertos, y á quienes ya hubiéramos quemado vivos por su arte de brujería si en tiempos de Inquisición estuviéramos... pero sí, sí, fiad en ellos, fiad en ellos, y admiradles, que todo esto se debe al poder del genio, y aquí no hay más brujería que el talento, ni son esos hechizos otra cosa que los milagros del estudio, de la inspiración y del trabajo, realizados por esos trovadores y poetas del color y del lienzo, de la piedra y del barro, para quienes el pincel es lira y el cincel es pluma, soñadores militantes que viven en los buenos tiempos de Grecia y que, no obstante hallarse en nuestra España, donde tantos esplendores tiene el arte y tanta grandeza la historia, sueñan constantemente en su Italia, su dulce y su artística Italia con sus anales paganos y sus leyendas cristianas, con sus maestros del pincel, del cincel y de la lira, con sus flores eternamente renovándose bajo cielos eternamente azules, con sus mujeres sin más rivales en el mundo que las estatuas griegas, que en ningún lugar del mundo los tienen; Italia donde el arte es un culto, el amor una religión, la belleza un templo y la poesía un prodigio; Italia, que es y será siempre en la tierra la representación de los amores, porque es el santuario del amor al que van en santa romería todos los amantes y todos los

enamorados del arte, de la belleza, de la poesía y de la música.

Y ahora ya me dirijo á vosotros, artistas, los que os agrupais en torno de esta tribuna; pero para vosotros precisan otras formas y conviene otro lenguaje.

Todos vosotros oisteis hablar de Garibaldi ¿verdad? y hasta es posible que alguno de vosotros haya llegado á conocerle, como yo le conocí. Garibaldi, ya sabéis, el que hoy, apenas muerto, es ya legendario; Garibaldi, el poeta guerrero, el paladín artista, el héroe, y también el trovador, de la campaña italiana.

Cuentan de él que un día, cuando se vió obligado á salir de Roma, decidido á intentar la independencia de Italia, se dirigió á sus voluntarios y les dijo:

—A los que vengan conmigo no les ofrezco honores, ni bienestar, ni siquiera esperanzas. Hambre, sed, fatigas, sufrimientos, combates, muerte, esto es solo lo que ofrecer puedo á quien me siga.

Y todos le siguieron. Y así comenzó aquella admirable epopeya, al término de la cual estaban la inmortalidad y la gloria.

Algo de esto se pudiera decir á vosotros, algo de esto pasa y hay en vosotros, artistas, amigos míos.

Cuando el poderoso adquiere una obra de arte á cambio de un puñado de oro, ¡ah! no sabe él, no sabe

lo que aquel lienzo ó aquella tabla, lo que aquella escultura ó aquel yeso ha costado al artista en vigili-  
as, en estudio, en horas de trabajo, en sufrimientos, en  
luchas, en esperanzas, en desalientos, en martirios, y  
también, también á veces, en miserias de la vida y en  
lágrimas del alma, que son las más crueles de las lá-  
grimas. Y tampoco sabe, tampoco, al llevarse á su  
casa la obra del artista para que le sirva de adorno,  
de regalo ó de reventa, tampoco sabe, tampoco, el  
cruento sacrificio que cuesta al artista desprenderse  
de ella.

¿No es verdad que la obra terminada entre las lu-  
chas de la vida y las del alma, aun necesitando que  
os la compren para vuestro sustento y el de vuestra  
familia, no es verdad que la veis salir con pena de  
vuestro estudio, quizá para no volverla á ver más en  
la vida, como si os arrancaran un pedazo del alma?

¡Oh! sí, bien lo sé, esta es vuestra vida, vida de lu-  
cha, de combate, de dolores. Esta es, generalmente,  
la vida de todos, pero principalmente la de los artis-  
tas, que algo más protegidos fueran, y algo más re-  
compensados, si todos supieran como la viven.

Pero no importa. Hay que luchar.

Hay que levantar bandera resueltamente contra el  
pesimismo que avanza, contra el excepticismo que im-  
pera, contra la indiferencia que invade, contra el ma-

terialismo que comienza á imponerse. Un viejo viene á decíroslo. No debeis desalentaros jamás. Hay que tener fe, fe en el trabajo, y constancia en él; fe en el porvenir, y aliento para alcanzarlo; fe en la gloria, y esperanza de obtenerla. Y sobre todo, no os asombre, fe en la gloria póstuma, es decir, la muerte aquella que Garibaldi ofrecía á los suyos al fin de su jornada.

Hay que marchar, marchar siempre, sin desmayar nunca.

Ya sé, ya, que el camino es agrio y difícil, que está sembrado de abrojos y de espinas, que se tropieza á cada instante con obstáculos, que el fin es incierto, que á un lado se amontonan aterradoras sombras y oscuridades pavorosas, y que al otro aparece el crítico... nó, el crítico nó, que cuando la crítica se ejerce por la ciencia y la conciencia, es cosa sabia y noble... el hipercrítico, el censurante eterno, aquel que con el alma enferma de envidia se complace en residenciar vidas y obras ajenas, arrebujaado á veces con el capirote del anónimo, y siempre al atisbo y en espera de cualquier descuido, de cualquier error, de cualquiera menudencia.

Pero no importa. Hay que avanzar y seguir adelante.

¿Es que los obstáculos se amontonan á vuestro paso? No importa. ¿Es que la fatiga os vence? No importa.

¿Es que el desaliento os rinde? No importa. ¿Es que la adversidad os abruma? No importa. Recordad que el general *No importa*, de quien hablaba ya en sus tiempos Stendhal, ganó batallas en España y afirmó su independencia.

Seguid. Ya llegareis, que con firmeza, con voluntad, con perseverancia y talento se llega siempre.

Ya por fin llegásteis, ya se alcanzó la cumbre, ya estais en la altura, ya sois superiores. ¡Ah! Entonces, tened cuidado, preparaos. Los que viven en la altura viven solos, aunque vean á muchos en torno suyo. Toda eminencia, es decir, toda superioridad, tiene el vacío á su alrededor y el abismo á sus plantas.

Yo os lo he de decir todo, porque á mi edad no se engaña. Estar en la altura, no es estar en la gloria. La gloria en que creereis vivir, es ficticia. En los que rodean al elevado está la adulación, el compromiso, el deber, el interés, quizá la honrada buena fe del admirador á quien invade la fiebre del entusiasmo, tal vez la envidia, la misma envidia, á quien se vió en muchas ocasiones fingir el celo del admirador y el aplauso del amigo. En los que se agrupan para adquirir sus obras está la vanidad, la codicia, la moda, quizá también la envidia de adquirir lo que no pueden todos.

Los encumbramientos en vida están sujetos á trocarse en descalabros y en despeños.

Al que se le levanta una estatua en vida, se le da muerte. Cuando muerto hay que levantársela, que entonces se le da vida.

Pensad que todos los grandes estrépitos pasan, y que no es, ciertamente, el más aplaudido y triunfante en vida quien es glorificado en muerte. A Cervantes pocos le hicieron caso mientras vivió. Hoy es un Dios con culto, con altar y con templo en todas las literaturas del orbe. ¿Quién se acuerda ya de muchos contemporáneos suyos que fueron más que él ensalzados y aplaudidos?

La gloria, la verdadera gloria sólo llega después de la muerte.

Quien no tenga valor para esperarla, éste, que no sea artista, que no sea poeta. Que se confunda con la multitud; que se esconda y se pierda entre la muchedumbre para ser carne de cañón, siervo de la gleba ó jornalero del terruño.

Quien no esté dispuesto á luchar y á sufrir, que no sea artista. No debe entrar en religión el que no sienta vocación por ella.

¿No se os alcanzó pensar alguna vez que hay algo de común entre el artista y el monje?

Sí; entre el artista y el monje de cenobio hay algo que los une, los acerca y los enlaza. Hay de común en ellos el amor á la gloria eterna, la aspiración al

cielo, siquier el cielo del artista sea algún poquito más mundano que el del monje.

Pues bien, hay que hacer como él, hay que creer en la otra vida, la vida de la gloria, y hay que llegar á ella por el camino del trabajo y de la lucha, por la escala del estudio y de la fe; que éstos, el trabajo, la lucha, la perseverancia, la fiebre del estudio y el dolor del alma para el artista, son el cilicio, la disciplina, la mortificación, la penitencia, el rezo para el cenobita.

La religión del arte, ó mejor la del trabajo, que es una gran religión, es la que ha de conducirnos á la gloria, en vida tal vez, y bien llegada sea si á buen hora llega, pero en muerte de seguro, y entonces más duradera.

Voy á terminar, y perdonadme estos consejos, que nada valen sin duda, y que más pobres han de ser que otros, por ser míos. Pero los viejos tenemos nuestras debilidades, y una de ellas es la de dar consejos casi siempre á quienes no los piden y muchas á quienes no los necesitan.

Honorad siempre á la mujer, que es ideal supremo y fuente de belleza eterna, y, entre todas las mujeres, á la mujer cristiana como emblema de amor, de castidad y de virtud. Precisamente vosotros, hijos de las Bellas Artes, debeis amarla más que otros y reverenciarla, no ya porque todas las Bellas Artes tienen

nombre de mujer, como para ser más amadas, sino porque ella es doblemente vuestra madre. ¿No recordais que, según las tradiciones griegas, el origen de la pintura se encuentra en una joven doncella que dibujó en la pared la silueta de su amante, descubriendo así el arte de representar formas vivas sobre una superficie plana? La pintura, pues, es hija de una mujer enamorada.

Honrad también, y amad con predilección á la patria, que es madre de todos, y, dentro de la patria, el rincón en que nacisteis, allí donde están los recuerdos de vuestra infancia, las tradiciones de vuestra casa, el altar de vuestros mayores, el sepulcro de vuestros padres.

Amad el estudio y el trabajo como manantial inagotable de goces, por ser lo más consolador y quizá también lo más supremo, y tened siempre en cuenta que el descanso solo es agradable después del trabajo, y aun así, hay que tomarlo como punto de partida y como aliciente para mejor trabajar después, y con más aliento; que, de otro modo, el descanso es la holganza, y la holganza es más tarde el remordimiento.

No andeis nunca á ciegas, no vayais por descaminos; inspiraos en la naturaleza, seguid la tradición del arte, que es la de Giotto, pintando lo que se ve; pero, tened en cuenta que no basta pintar lo que se

ve, hay que hacer lo que la doncella de Grecia, madre de la pintura: pensar antes en lo que se ve, y, sobre todo, ver lo que se piensa.

Lleno está de escuelas vuestro mundo artístico. En él abundan. Pertenece, si quereis, á la que más os agrade; pero, sea cual fuere, entrad en ella para, á su tiempo, huir de ella, que las escuelas pasan, sólo los grandes maestros quedan. Con la escuela hay que hacer lo que con el modelo: tomarlo para ocultarlo. No hay más que una escuela verdadera, como no hay más que una verdadera gloria: el arte. No hay más que un arte: el genio. No hay más que un genio: la inspiración, y con ésta la verdad y la belleza.

Y, sea cual fuere vuestra escuela, no abandoneis el ideal; el ideal, no según hoy se define por aquellos que lo ven tan sólo en la fiebre de la fantasía ó en la fantasía de la fiebre, sino el ideal de Platón, el que armoniza la verdad con la belleza, que en todo lo que hay verdad hay belleza; el que da la percepción de la una y de la otra en su purísima y más pristina esencia. Este es el verdadero *Quid divinum*, este el ideal que, como Dios, está en todas partes. Le adoran los mismos que lo niegan, le siguen los mismos que le huyen, le acatan los mismos que le combaten. Está en las mismas obras que contra él se escriben; como que sin él, no existieran.

El ideal triunfará siempre; siempre el espíritu dominará la materia.

La lucha del espíritu tiende hacia arriba. La lucha de la materia hacia abajo. Siempre tuvieron alas los ángeles; nunca las tuvieron los Hércules.

No olvideis jamás, sobre todo, en las crueles luchas de la vida y en los grandes combates del alma, que Jesucristo tuvo la cruz, Sócrates la cicuta, Apeles la persecución y la calumnia, Fidias el martirio, Cervantes la miseria; y avanzad, avanzad siempre, fortalecidos en vuestro estudio, esperanzados en vuestra fe, guiados por vuestra inspiración y apoyados en vuestro trabajo, que esto es lo que ha de daros patria y hogar, es decir, nación y familia: en el hogar el pan de los vuestros y el de vuestro huésped; en la patria la propagación de vuestras obras y de vuestro nombre; que si de ambas sois, de la nación y de la familia, y á entrambas consagrais vuestra fuerza y vuestra vida, en ellas hallareis la recompensa al daros, la familia, su amor y su bendición, que son la luz del alma, y al concederos la patria la inmortalidad y la gloria, que son el alma de la luz.

VÍCTOR BALAGUER,

